

AMANDA HOCKING

ELEGÍA

Canción de Mar

 DESTINO

LA ISLA DEL TIEMPO

CANCIÓN
DE MAR
ELEGÍA

Amanda Hocking

Traducción de Rosa S. Corgatelli



Amenaza

Harper se había pasado toda la mañana ensayando lo que quería decirle a Liv, su compañera de habitación, pero supo que iba a haber problemas cuando ésta la arrojó contra la pared.

Apenas habían pasado seis días desde que Harper se mudara a la residencia de la Universidad de Sundham, donde conoció a Liv. Ésta se desvivió durante la mudanza por ayudar a Harper a deshacer el equipaje y asegurarle que a finales de semestre serían uña y carne. Le enseñó todo el campus mientras hablaba sin parar de todos los temas posibles.

Pero después Harper cambió de parecer, y al día siguiente volvió corriendo a Capri, al enterarse de la pelea que habían tenido su hermana, su novio y las sirenas.

Cuando a Harper le dio una crisis de ansiedad la semana anterior, Liv fue quien la ayudó a salir y subir al coche. Insistió en acompañarla para asegurarse de que llegara bien, y Harper casi la baja a empujones del coche.

Era incapaz de explicarle a Liv el vínculo psíquico que compartía con Gemma, y mucho menos los monstruos que la esperaban en Capri. Por eso no podía permitirle que la acompañara.

Y así fue como Harper había dejado a Liv: de pie, bajo la lluvia torrencial, desesperada por ser su amiga. A su regreso se encontró con algo completamente diferente.

Liv se pasó todo el día durmiendo, y se saltó todas las clases. Después anduvo de acá para allá dando tumbos, hasta bien entrada la noche. Mientras Harper trataba de dormir, ella golpeaba cosas y hacía ruido, sin disculparse en ningún momento.

Harper no quería decirle a Liv qué debía hacer o dejar de hacer, pero no podía seguir perdiendo tantas horas de sueño.

El martes creyó que por fin le había dado forma a lo que quería decir, y lo estuvo repitiendo una y otra vez para sus adentros mientras se dirigía a la habitación. Antes de abrir la puerta respiró hondo para coger fuerzas. Harper estaba decidida a hacerle entender su situación a Liv sin sermonearla.

Era poco después del mediodía. Harper supuso que su compañera de habitación seguiría dormida. Por ello se llevó una sorpresa al descubrir que Liv no sólo estaba despierta, sino que además tenía un invitado.

Vestida apenas con los pantaloncitos del pijama y una camiseta rosa, Liv se hallaba a horcajadas sobre un muchacho acostado en su cama. Harper apartó la vista en cuanto vio que Liv no estaba del todo vestida, pero había visto lo suficiente para darse cuenta de que Liv le hacía el amor con una ferocidad que no había visto hasta entonces.

Tanto Liv como Harper tenían las camas elevadas, a modo de literas, debajo de las cuales cada una disponía de su escritorio. Por eso Harper no podía ver bien al muchacho, aunque, a juzgar por los vaqueros y la camiseta masculinos tirados en el suelo, dedujo que él tampoco debía de ir muy vestido.

—Ay, perdón —se apresuró a decir Harper, al tiempo que se volvía, para darle algo de intimidad a Liv—. Creí que estabas sola.

—Vete —masculló Liv, con un tono de voz que Harper no le había oído nunca.

Las pocas palabras que habían intercambiado en los días anteriores contenían una especie de dulzura empalagosa como la miel, pero ahora destilaban pura ponzoña.

—Sí, lo siento, ya me voy, pero necesito llevarme el libro de química.

Harper fue en seguida al escritorio situado bajo la litera y buscó el libro de texto.

En parte, había elegido ese momento para hablar con Liv porque necesitaba regresar a su habitación a buscar los libros para las clases vespertinas.

—Date prisa —le ordenó Liv con aspereza.

—Estoy en ello —le aseguró Harper.

Dejó la mochila en la silla del escritorio para buscar con más comodidad. Por regla general era muy organizada y lo tenía todo en orden, pero ahora que intentaba salir de allí lo antes posible, su libro se había esfumado.

—Tal vez podrías unirme a nosotros —sugirió el compañero de Liv.

Harper prefirió no hacerle ni caso y centrarse en buscar el libro. Seguía de espaldas a Liv mientras sacaba todo lo que había en el escritorio, pero oyó movimientos detrás de ella, y luego la cama que chirriaba.

—Vete —gruñó Liv.

—Un momentito, por favor. —Harper se volvió para echarle un vistazo a la habitación.

—¡Que te vayas de una vez! —rugió Liv, con una voz tan furiosa que resonó con fuerza en la cabeza de Harper. Por un instante, no pudo más que quedarse allí, aturdida e incapaz de recordar qué era lo que buscaba.

Harper meneó la cabeza, para aclarar en parte su confusión, y dijo con voz débil:

—Me iré lo antes posible. Pero... antes necesito el libro.

—No te lo digo a ti —aclaró Liv—. Sino a él.

Antes de que Harper o el chico pudieran replicar nada, Liv lo empujó fuera de la cama. Él aterrizó en el suelo con un golpe seco que debió de ser doloroso, y soltó un gemido.

—¿Estás bien? —Harper acudió a su lado, y él se incorporó con lentitud.

Se frotó la nuca.

—Sí... Creo que sí.

Harper le echó un vistazo para asegurarse, y comprobó con alivio que llevaba puestos los calzoncillos. El torso desnudo revelaba varios

arañazos recientes en el pecho y los hombros. También le sangraba un labio, pero Harper no sabía si se debía a la caída o a algo que le hubiera hecho Liv.

—¿Qué parte de «vete» no has entendido? —le espetó Liv, quien, asomada por el borde de la cama, les lanzaba una mirada fulminante.

Sus ojos —que parecían grandes e inocentes cuando Harper la conoció— tenían un aspecto mucho más tenebroso y calculador.

—Me voy —dijo el muchacho. En seguida se puso en pie, con una mueca de dolor, y recogió su ropa del suelo.

En ese momento Harper descubrió al fin el libro de química que no encontraba. Estaba debajo de los pantalones vaqueros de él.

El chico ni siquiera se detuvo para vestirse antes de marcharse. Prefería salir al pasillo en paños menores antes que pasar un segundo más en aquella habitación. Y Harper comprendía sus motivos.

—Ya he encontrado mi libro —le dijo Harper a Liv, al tiempo que guardaba el manual en su mochila—. Así que te dejaré tranquila.

—Ahora que se ha ido, no tienes por qué salir corriendo.

Con rabillo del ojo, Harper vio que Liv bajaba de un salto de la cama y aterrizaba en el suelo de forma airosa. Su voz volvía a ser melosa, pero Harper no sabía si fiarse de ello, de modo que se volvió despacio. El pelo rubio de Liv caía en ondas que le llegaban a los hombros y, aunque no era tan alta como Harper, sus piernas bronceadas parecían larguísimas con esos pantaloncitos cortos del pijama.

—Supuse que él querría algo de intimidad, ¿sabes? —comentó Liv mientras le guiñaba un ojo, al tiempo que sacaba una camiseta de un cajón.

—Sí. —Harper esbozó una sonrisa forzada e intentó contestarle con tono alegre—. Parecía... simpático. ¿Es tu novio?

Liv hizo un gesto de burla.

—¡Ya le gustaría! Me desperté con hambre y sed, así que bajé a la cafetería a buscar algo en la máquina de bebidas, y mira, me lo he traído también a él.

—Ah. —Harper se apoyó contra su escritorio. Pensó en ordenar el revoltijo que había formado, pero no quería perder de vista a Liv—. ¿Crees que volverás a verlo?

—El que te haya permitido quedarte no quiere decir que tengamos que hablar —replicó Liv mientras se ponía la camiseta.

Harper suspiró. La apetecía marcharse, pero sabía que tarde o temprano tendría que hablar con Liv. Lo mejor sería que se quitara ese peso de encima cuanto antes.

—La verdad es que..., eh..., hace tiempo que quiero hablar contigo —dijo Harper para iniciar la conversación.

Liv entrecerró los ojos.

—¿Hablar de qué?

—De todo un poco. —Harper se encogió de hombros y trató de hablar en tono despreocupado—. En realidad, casi no hemos tenido tiempo de charlar, así que me pareció que podíamos conocernos un poco más.

—¿Por qué? Tampoco tenemos por qué ser uña y carne, ni nada por el estilo —contestó Liv con una sonrisita burlona.

—No, pero tú me dijiste que querías que fuéramos amigas, y yo pensé que podríamos serlo.

Liv ladeó la cabeza, como si no supiera de qué le estaba hablando Harper.

—¿Yo he dicho eso?

—Sí. Y en unas cuantas ocasiones, la verdad.

—Ah —repuso Liv con voz de sumo aburrimiento, al tiempo que arrancaba un hilillo suelto del pantalón del pijama—. ¿Y eso fue la semana pasada? Parece que han pasado siglos...

Liv se volvió para buscar de nuevo en su mesita. Harper se quedó mirándola boquiabierta, pasmada por el cambio de actitud de su compañera.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Harper a Liv mientras ésta sacaba una falda vaquera de un cajón.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir? —Liv le daba la espalda mientras se quitaba los pantaloncitos del pijama y se ponía la falda.

—No sé. Sólo que pareces... diferente.

Cuando Liv se volvió hacia ella, Harper notó el mismo tono tenebroso en sus ojos, como una sombra que intentara ocultar alguna nueva maldad. Liv contestó con una sonrisita:

—¿Conque de eso se trata?

—¿De qué?

—Que yo salgo a divertirme... ¿y tú estás celosa? —Liv dio un paso hacia ella. Harper intentó retroceder por instinto, pero no tenía adónde ir. El escritorio se alzaba justo a sus espaldas, así que se limitó a enderezarse.

—¿Qué? No. —Harper meneó la cabeza—. Me parece bien que te diviertas en la facultad. Pero me gustaría que no hicieras tanto ruido cuando vuelves por la noche. —Ya no tenía sentido seguir dando rodeos—. Siempre me despiertas, y no puedo dormir.

—Ni siquiera te apetece que seamos amigas, ¿no? —Liv seguía avanzando hacia ella, y el tono sedoso de su voz se había convertido en hielo punzante—. Sólo querías que me callara.

—No, no te estoy diciendo eso. —Harper se apresuró a corregirse—. Creo que eres muy simpática...

Liv la cortó con una risa que le provocó un desagradable escalofrío en la columna vertebral.

—No, no soy nada simpática.

Aunque en realidad era más baja que Harper, daba la impresión de alzarse por encima de ella. Su presencia irradiaba un halo tan imponente que Harper no conseguía explicarlo, pero logró tragarse el miedo.

Y en ese momento, mientras Liv la miraba con sus ojos grandes e insensibles, Harper se dio cuenta de que su compañera de habitación estaba loca. Era la única manera de explicar sus dramáticos y violentos cambios de humor.

—Como quieras. No sé de qué hablas, y tengo que irme a clase —repuso Harper—. Has pasado de ser normal a comportarte como una demente en más o menos tres segundos, y no tengo tiempo para estas cosas.

—¡No estoy loca! —le escupió Liv a la cara—. Y todavía no he terminado contigo.

—Luego hablamos, ¿de acuerdo, Liv? —Harper trataba de mantener un tono de voz sosegado y conciliador—. Tengo que irme, y si tuvieras dos dedos de frente, tú también te prepararías para ir a clase

en seguida. Porque de lo contrario sería irrelevante lo bien que nos llevemos o nos dejemos de llevar, ya que no seguirías aquí mucho tiempo más.

—¿Eso ha sido una amenaza? ¿Estás amenazándome? —replicó Liv.

—No. —Harper se agachó para recoger su mochila. Apenas perdió de vista a Liv durante un segundo—. Si no vas a las clases, no podrás...

Harper apenas vislumbró el menor movimiento de Liv, y lo siguiente que sintió fue una mano que le aferraba la garganta. Liv la golpeó contra la pared con tanta fuerza que hizo caer un espejo, que se estrelló contra el suelo.

Con la mano de Liv agarrándole el cuello, Harper quedó clavada contra la pared. Los dedos de su compañera de habitación, asombrosamente largos, la sujetaban con una fuerza imposible de vencer. Harper apenas si podía respirar, y daba manotazos en vano para liberarse.

—Liv —le suplicó con voz ronca mientras trataba de soltarse, sin éxito.

—No te metas conmigo, Harper —le ordenó Liv con voz semejante a un gruñido—. Si alguna vez vuelves a amenazarme o a hablarme de manera condescendiente, te destrozaré, pedazo de imbécil.

Soltó a Harper y retrocedió un paso. Harper respiró hondo para recuperar el resuello y se frotó el cuello. Le ardía la garganta, y la tos hizo que doblara el cuerpo.

—¿Qué diablos te pasa, Liv? —preguntó Harper entre toses. Todavía doblada, miró a Liv—. ¡No estaba amenazándote! Te decía que si quieres seguir en la facultad debes asistir a las clases.

La amplia sonrisa de Liv se ensanchó más aún.

—Tienes razón. Si quisiera quedarme, tendría que asistir a las clases. Pero no quiero quedarme. Y no me importa lo que la gente diga o piense. No pienso vivir más tiempo del necesario con una arpa como tú. Me largo de aquí.

Liv se puso los zapatos, agarró la cartera y salió de la habitación, mientras tarareaba una melodía entre dientes. Harper no conseguía ubicar la canción, aunque estaba segura de haberla oído antes.